

Jean Baudrillard

El maestro del simulacro

Mauricio Molina

*El arte es la forma sentimental
de la mercancía.*

Si rva esta frase de Charles Baudelaire como pórtico para comentar las ideas estéticas del recientemente fallecido sociólogo francés Jean Baudrillard, el último de los maestros de la sospecha y una de las figuras más interesantes del pensamiento contemporáneo.

Para Baudrillard en un mundo regido por los simulacros, por la virtualidad, por la abstracción, el lenguaje simbólico se erige como la forma suprema de acercamiento a los fenómenos sociales, políticos y estéticos. Es en este punto donde se erige como un heredero legítimo de Walter Benjamin, de Theodor W. Adorno y de la Escuela de Frankfurt, por una parte, y por la otra hereda las ideas del Colegio de Sociología fundado por figuras tan prestigiosas como Georges Bataille, Roger Caillois y Michel Leiris.

A partir de Walter Benjamin, cuyas ideas sobre la reproducción técnica y la pérdida del aura de la obra de arte Baudrillard tronca con una de las ideas más fascinantes del marxismo clásico: la teoría del fetichismo de la mercancía. Del lado del Colegio de Sociología Baudrillard prosigue la indagación del *potlach*, es decir del gasto, del sacrificio y de las teorías de los juegos. Ambas perspectivas le permitieron comprobar la intuición de Baudelaire enunciada en los albores de la modernidad: la conversión del arte en mercancía, su desaparición en el universo de lo cósmico, materia de estudio para estetas pero alejado definitivamente de lo que lo rodea, en órbita permanente, merced a una suerte de pasteurización que lo mantiene atrapado en el discurso de lo Bello.

Antes que los referentes estéticos, Baudrillard concibe la obra de arte contemporáneo como un simulacro. Ninguna idea

puede ser más nihilista y desilusionante que ésta. Partiendo de Duchamp y Warhol, Baudrillard percibe la obra de arte como un objeto más en el sistema de la producción masiva. En este sistema de los objetos todo es intercambiable: un par de zapatos por una fotografía, una pintura por un automóvil, un vestido por una novela. La pérdida total del prestigio de lo artístico, que a partir del Renacimiento estuvo regida por el discurso de lo Bello (y en la Edad Media por el prestigio religioso), fue trastocada, primero, por la vanguardia y más tarde por las formas del arte popular. Más que una estética Baudrillard propone una antropología de la obra de arte, y su análisis, como los fenómenos sociales, pasa antes que nada por su significado simbólico. La abominable inanidad del arte contemporáneo, su complicidad con el mercado, lo han convertido en mera diversión, puro ornamento, en una época regida por la repetición, la reproducción, el tráfico.

No es extraño, desde este punto de vista, que Baudrillard hubiese privilegiado a la fotografía como el arte por excelencia: en las imágenes separadas del espacio y del tiempo, Baudrillard observaba la desrealización del mundo. La fotografía no es para Baudrillard un “documento social”, sino una prueba de la irrealidad del mundo, de la conversión de lo fotografiado en ficción, de una segunda realidad que estamos condenados a habitar.

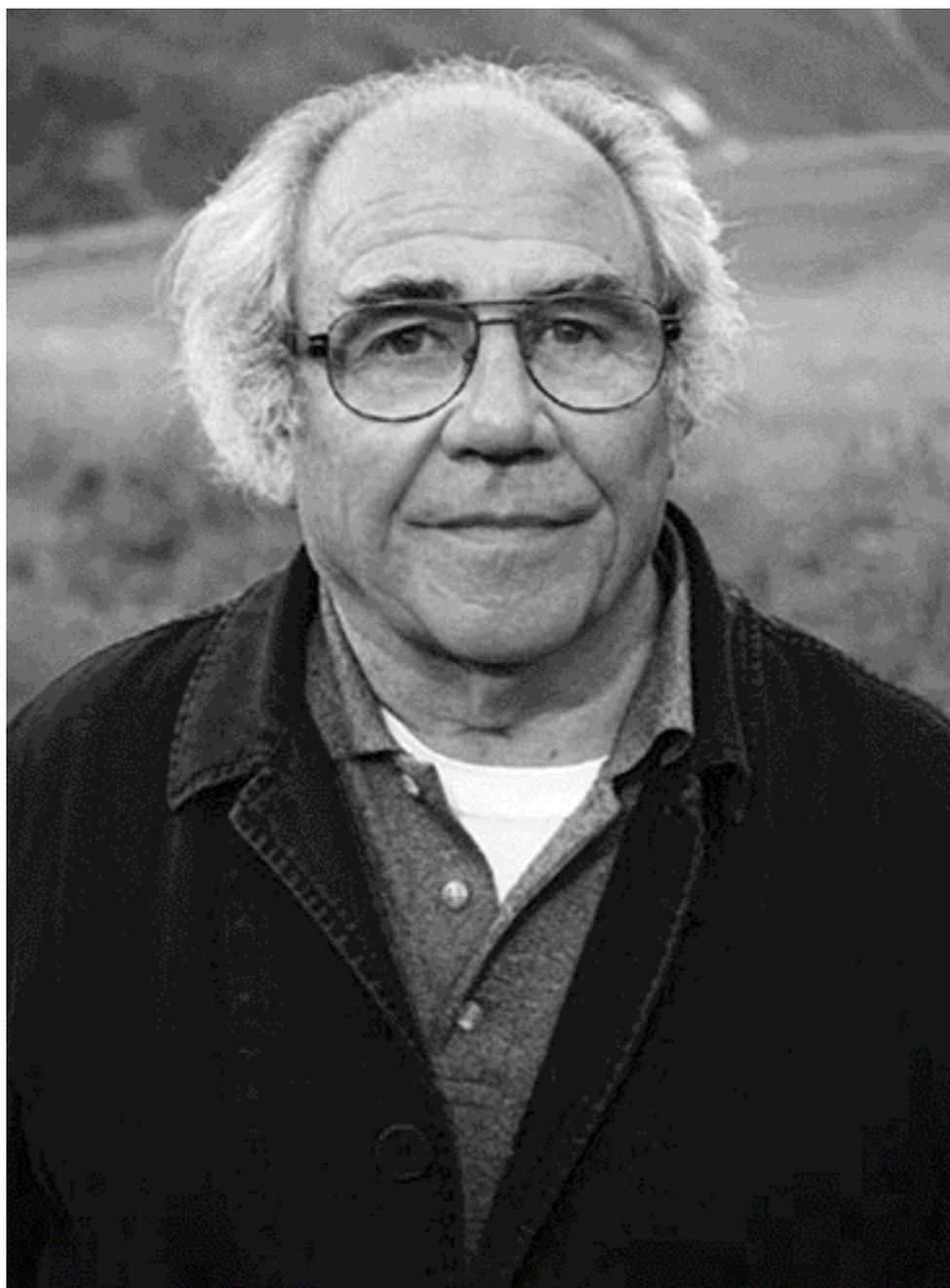
A un autor se le reconoce por sus influencias: no es difícil encontrar la impronta de Canetti, Borges y Gombrowicz en su obra y los ya mencionados Duchamp y Warhol: artistas cuya obra se sitúa en los límites, en la paradoja. Si Deleuze, por ejemplo, tuvo como modelo teórico a Bergson (y a Proust), y Foucault a Raymond Roussel,

Baudrillard, más cercano al fragmento y al aforismo, escogió, al menos en sus libros más teóricos, a Victor Segalen y su visión del exotismo, del mundo como algo esencialmente extraño y ajeno. Este distanciamiento le permitió desarrollar ideas como la seducción y el asesinato de la realidad.

Para Baudrillard, como para un antropólogo, el arte antes que nada es un documento, no un fin como lo puede ser para un esteta. Esta perspectiva le permitió intercambiar el arte por la pornografía, hacer algunos de sus mejores apuntes sobre el mundo contemporáneo a partir de Madonna y Michael Jackson, o citar a grupos como *Velvet Underground*.

Si Benjamin es absolutamente relevante para estudiar el surrealismo, Baudrillard lo es para el arte *pop*, la parafernalia del *rock* o las deprimentes —por desilusionantes— manifestaciones artísticas actuales de las que somos testigos en los “corredores” del Soho neoyorkino o la Condesa en el DF. La preferencia por las manifestaciones periféricas como la moda, la música popular, lo decorativo proviene de la visión del barroco que postula Adorno: el arte en nuestra época, como en los grandes momentos decadentes como el rococó al compás de Sade y Mozart, es puro ornamento, escenografía.

Si la realidad ha sido aniquilada por los medios de reproducción técnica, si en lugar de vivir los acontecimientos somos sus testigos, entonces el arte es el punto supremo de esta desrealización. Para Baudrillard habitamos una hiperrealidad: un universo infinitamente detallado del que sólo somos huéspedes y espectadores. El capital en su nivel de abstracción más absoluta, al tener una vida propia, se comporta como un fenómeno “natural”. Las fluctuaciones, como la reciente caída del mercado de Shanghai,



Jean Baudrillard

obedecen a enigmáticos procesos fractales, tal y como los define Mandelbrot. El arte no parece escapar de esta lógica, así lo atestiguan las cantidades estratosféricas que se pagan en el mercado de las artes, sujetas a una inflación exponencial.

La obra de Baudrillard, junto a la de Foucault, Deleuze, Derrida y Barthes, para sólo mencionar algunos de los más prestigiosos maestros de la sospecha, se erige como una legítima forma de creación literaria. Dueño de una prosa plena de hallazgos y oscuridades, Baudrillard era antes que nada un escritor fascinado por las imágenes y los rituales del mundo contemporáneo. Junto con sus compañeros de viaje, con los que

mantuvo fuertes polémicas y profundas discordias, Baudrillard propone un tipo de escritor ajeno a la coartada dramática y a la parafernalia poética. No fue un novelista y sin embargo supo dar a libros como *América* un aliento narrativo de proporciones épicas. No fue un poeta y sin embargo percibió algunos de los fenómenos más sutiles de la actualidad. Tampoco fue un sociólogo, ni un antropólogo, ya que su discurso se sostiene antes que por un andamiaje teórico sólido, por una serie de hallazgos e iluminaciones capaces de pensar el terrorismo o el conflicto entre Oriente y Occidente: un desafío esencialmente simbólico. No fue un filósofo, pero pudo com-

prender las trampas en las que estamos metidos en nuestros rituales de guerra y seducción.

Walter Benjamin afirmó al final de su ensayo *La obra de arte en la era de su reproducción técnica* (1939) que la estetización de la realidad conducía al fascismo. Baudrillard, sesenta años después, nos ha hecho ver que ese universo estetizado es el que de hecho habitamos en nuestros simulacros sociales y políticos. Una suerte de totalitarismo de la simulación.

En cierta forma Baudrillard recuerda más un escritor de ciencia ficción que un teórico. Sus libros son indagaciones detectivescas que en cierta forma recuerdan las ironías de *Alphaville* de Godard. La ironía, el humor negro y una profunda amargura impregnaron sus mejores libros, como *El crimen perfecto* o *La transparencia del mal*. En ellos relumbra la pesadilla que nos espera en el siglo que comienza y nos deja ver que estamos muy lejos de haber superado la barbarie del siglo XX.

Es probable que la literatura del futuro esté mucho más cerca de los libros de Baudrillard, Foucault y Barthes que de las novelas que actualmente infestan el mercado: una literatura que narra y piensa, que abarca los fenómenos despojados definitivamente de una coartada dramática.

Los libros de Jean Baudrillard pueden ser leídos también como novelas policíacas o como ensayos de ciencia ficción que establecen una representación determinada. Como Foucault, Barthes y Derrida, Baudrillard escribió libros que tenían mucho de ficción, en el sentido de ser representaciones y también de reflexión, en el sentido filosófico o teórico del término. Baudrillard y estos autores son muy superiores por ejemplo a las aburridas novelas de Michel Houellebecq (cuyo mejor libro es, de lejos, su ensayo sobre Lovecraft) o las noveletas de Amélie Nothomb.

Herederero de Nietzsche, Baudrillard supo desafiar, a través de la inteligencia, las formas de lo inhumano en el mundo contemporáneo: la abstracción del capital, la ironía de la moda, la ritualidad del terrorismo, temas que tienen mucho de filosófico pero que también impactan el universo imaginario. No le pedimos otra cosa, también, a la literatura. [■]